

Quiero llegar a casa

Libertad Jiménez Sánchez no se sentía libre. De bien pequeñita, su abuela *Liber* le explicó el significado de sus nombres. La señora había nacido a principios de la posguerra, etapa complicada en la que escaseaba la libertad. Así que sus padres quisieron dársela a través del nombre, una palabra mágica para invocar semejante sensación. Cuando se convirtió en abuela, quiso inculcar a su nieta esa libertad que ella apenas había disfrutado y, tras aquella primera historia, que la cría se sabía de carrerilla, vinieron otras de mujeres valientes que habían hecho y habían sido lo que querían hacer y ser.

Ahora Liber, la nieta que ya no es niña, repite en su cabeza seis palabras como un mantra: «Sola, borracha, quiero llegar a casa». Evalúa la calle que tiene delante, como si poseyese vista de infrarrojos o aquello fuese la pantalla de un videojuego, con las posibles amenazas marcadas con un letrero de neón flotando sobre cada una de ellas. Luz amarillenta, contenedores de basura, hileras de coches aparcados a lado y lado, un gato que cruza, una pareja, hombre y mujer, a lo lejos.

Sola, borracha, quiero llegar a casa. Trata de distraerse recordando la manifestación de dos semanas atrás donde escuchó aquella frase, aquella petición, aquel deseo. Se acuerda de las dos señoras, bastante mayores, escandalizadas por eso de que las mujeres a su alrededor, muchas de ellas jóvenes, gritasen «querer volver a casa borrachas»; de que no entendieron el significado de lo que tantas, incluida ella, gritaban hasta que les dolió la garganta. Se acuerda también del grupo de chicos, casi adolescentes, que avanzaban en la marcha y de los hombres que acompañaban a sus parejas. También de las familias con niños pequeños. Y de las banderas multicolor y la diversidad y todo aquel mogollón de gente peleando por la misma causa.

Liber no está del *todo* borracha, pero ha bebido tres o cuatro cervezas y tiene algo de niebla en la cabeza. Avanza sola por la calle, desierta a esas horas, al paso rápido que le permiten los botines de tacón que calza, y sus propios pasos van rompiendo el silencio que la rodea. Nota la tensión en los hombros y aprieta fuerte el teléfono, que lleva en la mano y se le resbala del sudor. Su objetivo no es otro que llegar cuanto antes a su portal, es lo único en lo

que se permite pensar. Como cada fin de semana que sale con sus amigas y vuelve tarde. Cada vez.

«Acabo de llegar», escribe Sonia en el chat que comparten las cinco amigas. «Yo también», responde Mar. «Otra más, sana y salva :)», añade Belén. Faltan Celia y la propia Liber. Con sus tonterías y sus emojis, le sacan una sonrisa mientras continúa caminando. «Upppss, perdonad. Llegué hace un rato y se me olvidó avisar», dice Celia después. Más bromas, pequeños rapapolvos, risas.

Liber es siempre la última en escribir porque es siempre la última en llegar. El trayecto en metro dura cuarenta minutos y después tiene otros diez caminando a casa. Para cuando entra en su habitación, sus amigas ya hace rato que están metidas en la cama. Pero la esperan despiertas. Todas esperan por las demás, es la dinámica del grupo desde que sus padres, un par de años atrás, les empezaron a permitir volver en el último tren.

Aprieta un poco más fuerte el teléfono cuando, por encima de sus propios pasos, oye otros, rápidos y fuertes. Y a Liber se le salta un latido. ¿Es posible algo así, que tu corazón se detenga unos segundos y después continúe latiendo como si nada? Bueno, como si nada no, porque empieza a traquetear como una locomotora y lo único que se le ocurre es caminar a mayor velocidad para llegar antes. Pero esos otros pasos, esos que resuenan de manera siniestra en la calle que ella creía desierta, también aumentan el ritmo. Unos y otros se intercalan y durante unos segundos solo oye eso. Un paso y otro paso y otro paso y otro paso.

—¡Liber! —Alguien pronuncia su nombre pero no reconoce la voz, ni siquiera se gira para no perder tiempo. Quiere llegar a casa, llegar a casa, llegar a casa. Nota los latidos en los oídos, el repiqueteo en el pecho, los tacones golpeando el suelo—. ¡Libertad, espera! —repiten y, esta vez sí, se da cuenta de que es una mujer. Un segundo después, nota una mano que la agarra por el hombro. Pega un respingo y se da la vuelta para encontrarse con Sara, la vecina del edificio de enfrente con la que jugaba de pequeña. Hicieron incluso un juramento de sangre, de que no se separarían jamás, aquella vez que ambas se cayeron en el grijillo del descampado y se rasparon las rodillas. Pero de eso hace muchos años y ninguna de las dos cumplió su promesa. El tiempo, la vida, pero esa es otra historia. Ahora Sara le sonrío y nota un alivio tan grande que está a punto de echarse a llorar.

—Tía, qué susto me has dado. Creía que... —Pero Liber no termina la frase, solo niega con la cabeza. ¿Estará exagerando? A veces se lo han dicho, ha oído que se lo dicen a otras: eres una exagerada. Y cuando el susto pasa, a veces duda, pero cuando el miedo vuelve, sabe que no, que no exagera. Que el miedo está ahí, en ella y en las demás.

—Ya me he dado cuenta, ya. Llevo un buen rato para alcanzarte y volver juntas, pero no había manera de pillarte.

Liber se reconoce en el gesto de su antigua amiga. La tensión, la sonrisa de alivio, las ganas de abandonar la madrugada y refugiarse en casa. Con una mueca de disculpa, le tiende el brazo y cuando Sara se engancha a él, vuelven a caminar. Qué tal estás, cuánto tiempo hacía que no nos veíamos, dónde has estado esta noche. Comentarios sin demasiada importancia que las entretienen y ahuyentan, un poco, el temor del cuerpo.

Cuando llegan al portal de Sara no se entretienen en despedidas, pero esta sí que espera en la puerta a que Liber, de una carrera, cruce la calle hasta su propio portal. Se despiden con la mano, se dedican una pequeña sonrisa de apuro, de agradecimiento, de compañerismo, y, después, las dos entran rapidísimo a sus respectivos edificios y echan a correr escaleras arriba.

¿Hasta cuándo el miedo a no llegar?